

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 14 de Mayo de 1899.

Número 20

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

Fotografías tomadas expresamente para *El Mundo*



LA 3^a BRIGADA DISPONIENDOSE A ACAMPAR.



LA MISMA BRIGADA ACAMPADA.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Mayo es el perturbador de la metrópoli. La ciudad se va quedando sin fiestas, sin flores y sin mujeres elegantes. Porque las recepciones aristocráticas se han convertido en bailes campestres. Las flores—es natural—no quieren estar solas, y las pocas que vienen, bostezan de fastidio en los apretados haces de los ramilletes y se marchitan bajo la cúpula de cristal del mercado; y las mujeres han ido á despertar los ecos de los campos y á hacer confidencias á sus amigas las mariposas.

De suerte que aquí nada les queda que admirar á los pobres que aman la belleza. Hasta el cielo, ese eterno abastecedor de canciones estéticas, perpetuamente abierto y radiante sobre nuestros ojos americanos—se comienza á arrebujar en sábanas de niebla durante el día y no prende sus lámparas por la noche.

Todo está solo: hasta la pauta de alambres del telégrafo donde los pájaros—notas con alas—escribían sus aéreas melodías: romanzas de Massenet y canciones de Tosti.

En cambio, las aldehyelas de los alrededores están locas de contento. ¡Qué frescas, qué alborozadas, qué primaverales amanecen las campiñas! ¡Qué pálidamente azul se ve el horizonte!

Allá arriba, sobre las urnas turquesas de las montañas flotan las gasas de la bruma, pero qué sonrosadas y qué limpias!

En la mañana, cuando el alba da los buenos días desde la cumbre de los volcanes, el paisaje no se muestra muy alegre, porque la luz está melancólica. Despierta muy pálida la virgen. ¡Pero cómo travesea el rocío en la diafanidad del aire! ¡El rocío! Salta en polvo de diamantes y todo lo salpica. Los átomos blancos ponen un cinturón de claridad en el corselete de las rosas, un aderezo en la veste immaculada de los lirios, un joyel en el pomposo penacho de los claveles, un broche de perlas en el botón de las margaritas y una gota de luz en la flexible púa de las yerbas. Cómo ruedan de los copos, de rama en rama, de hoja en hoja, las menudas cuentas con que el juguetero rocío apedrea los árboles.

Es Puck que después de retozar con los sueños amorosos de las muchachas, ha volado á despertar á los pastores, ha apagado la lámpara que rendida de cansancio y muerta de miedo, parpadeaba en el rincón de la capilla, y ahora corretea por la húmeda tierra de los campos, soplando en las flores, sacudiendo los nidos y gritando á los pájaros: ¡arriba, perezosos!

Entonces es cuando se abren las ventanas de las alcobas, y las campánulas de las enredaderas. Entonces es cuando vuelan á par de las aves, las ilusiones. El mundo siente la dicha de vivir. Las flores dicen: ¡qué bello está el día! y cómo nos gustan las mariposas! Los pájaros cantan: ¡qué fresco está el aire! ¡qué hermoso es tener alas! Y las niñas piensan: ¡Si estuviera aquí mi novio!

Luego avanza el sol y camina el día, y llega la lluvia de la tarde, y torna la obscuridad de la noche. No importa: tras el bullicio de la alegría, el reposo de la felicidad.

* * *

Todo el mundo se pregunta: ¿Vamos á veranear? Ah, sí! La animación y la vida veranean; han emigrado hacia los pueblos pintorescos que ciñen la ciudad.

El más cercano es Tacubaya; pero Tacubaya es una lujosa aldeana ennoblecida. Tiene aires de señora: humos aristocráticos de dama linajuda, y apenas se le echa de ver en uno que otro pormenor aislado, la rústica simplicidad de su origen.

Allí las casas tienen porte de palacios, pórticos, columnatas, altas rejas de fierro, severas fachadas; todo limpio, enorgullecido, altivo; calles tiradas á cordel, bien pavimentadas, guardianes del orden público en cada esquina, vendedores ambulantes, transeúntes de paso acelerado.

Apenas, en los barrios, tapias carcomidas sobre las cuales asoman la cabeza algunos árboles curiosos. Esto no es aldea; esto no es campo. Es la prolongación en verde de la ciudad con todos sus orgullos y vanidades.

* * *

¿Vamos á veranear? Esta es la pregunta de la temporada.

Adelante de Tacubaya está Mixcoac, y aún se prolongan las paralelas de fierro de la vía y trepan por la cuesta hasta llegar á San Angel. A un lado, frente al *Pedregal*, está Tlalpam, verdadera población rústica, con sus largas calles enfiladas entre tapias mohosas, su plaza triste, su tosca portalada, su iglesia chaparra, sus ruinas de convento, sus grandes huertas sombrías y su agua límpida y charladora, bullendo

por todas partes, como para subrayar el silencio y alegrar la soledad del pueblo.

Entre Tacubaya y Mixcoac, tendido en los poteros accidentados, está San Pedro de los Pinos, una acuarela de Jaquemart, con sus casucas de humilde apariencia, recién enjabelgadas, nuevecitas, como acabadas de comprar en la dulcería de Deverdun. El terreno es algo árido; por un lado va la polvorosa carretera, y por el otro la calzada del ferrocarril; por el Poniente alza un lomerío sus desnudadas corcovas, y por el Oriente se tiende el llano para dejar ver un fragmento de valle, al fin del cual se alzan las pirámides de los volcanes y la quebrada línea de la cordillera que sostiene la cúpula del cielo. . . .

¿Vamos á veranear? Esas fiestas, donde no hay más seda que la de las magnolias, ni más terciopelo que el de los pensamientos, ni más esencia que la de las violetas, ni más galanterías que las de los ojos, son más deliciosas que las otras, las que se hacen bajo el artesonado de oro, con deslumbramiento de bujías, en una atmósfera enervadora y pesada y donde el labio sonríe con tristeza, y se entabla la lucha de las pasiones mezquinas y ronda, silencioso, el pensamiento, para buscar una mirada cariñosa. ¡Oh la señorita Naturaleza es muy decorativa y muy amable!

Cada vez que concuro á estas fiestas de las flores, vuelvo lo más tarde posible. Y siempre es una misma la última impresión; una sola imagen que persiste en la memoria: una calle obscura y solitaria, la mancha luminosa de una ventana, sobre el muro, un piano que preludia melancólicamente. Paso con lentitud por la acera. Miro. Allá detrás del tapiz hay dos novios que cuchichean. El viento está callado, los árboles inmóviles, el horizonte negro. Alzo los ojos; aparecen luces en el cielo; ya las misteriosas manos de los ángeles comienzan á encender las estrellas. . . .

* * *

Entre las noticias de policía, semi-oculto en el barullo de los chismes y enredos de la gacetilla, me encuentro con que ha ingresado á Belén un rapazuelo que en riña, hirió á otro gravemente. Es el nuevo y triste caso de los niños homicidas.

En manos del juez el caso del niño homicida se convirtió por obra de la investigación en un grave delito ó en una funesta travesura, pero este sangriento accidente reviste los caracteres de un grave mal social. Se trata de nuestro modo de vivir y de hacer vivir á los niños.

Los civilizados vivimos una existencia nerviosa de sobreexcitaciones y locuras en la que se va ahogando lenta pero seguramente el sentido moral.

Hay neufragio de ideales en esta borrasca de pasiones y apenas si el grupo de selectos logra por instantes hacernos confiar en una próxima y milagrosa playa de salvación. La barca de la vida hace agua, y para que no se sumerja y nos sepulte en el fondo del mar embravecido, la aligeramos del cargamento que conduce

.la combatida nave echa al airado mar todo un tesoro para salvarse en la tormenta grave.

La educación moderna tiende á corregir esta falta de estímulos, colocando en los altares vacíos una imagen de la divina Verdad que alumbra toda sombra y penetra todo misterio.

Peró la idea clara y completa de la verdad positiva no entra aún en la masa, que no teniendo ya sus viejas creencias, pretende sustituirlas con un ateísmo del bien que cada día la torna más infeliz y más desequilibrada.

Los niños de hoy son hombres pequeños, cuyo desarrollo moral está en abierta contradicción con el desarrollo físico. No entienden bien las cosas, pero las sienten con una enfermiza y pasmosa intensidad. Poseen la sensación sin el pensamiento, y van como unos sonámbulos, sin tropezar y sin caer, guiados por una intuición, que parece sobrenatural, hacia todos los secretos y abismos de la vida. Forzosamente son imitativos; pero ya su imitación tiene mucho de personal y de propio.

Los niños de ayer jugaban hasta la puerta de la adolescencia, con muñecos y chucherías. Los de hoy, en plena niñez, juegan con pasiones.

Y como todo niño es un primitivo, hay á veces, en él, y á la vista de nuestras venganzas, un crecimiento inusitado de odio, mezclado de un brutal deseo de destruir y de hacer daño. Sus travesuras resultan en ocasiones monstruosas. Y á medida que vive se complica su espíritu de todas estas impresiones vivísimas que, á modo de corriente eléctrica, sacuden el organismo social.

Los niños del pueblo son los primeros que se contagian, como que viven en un medio infestado por los miasmas del crimen. En general, las primeras manifestaciones de estos prometidos del presidio, son los delitos contra la propiedad. Un niño del pueblo, para graduarse de doctor en homicidio se examina antes de menores, medianos y máximos del robo: primero es ratero, luego ladrón y en seguida asesino. Su primera embriaguez coincide siempre con su primera puñalada. Sus padres le aconsejan robar y lo obligan al hurto; pero cuando sus padres lo dejan, y lo toma el pulque por su cuenta, éste le ordena matar. En el

pueblo, la miseria hace ladrones y el pulque penden-cieros y criminales.

Y ahora aparece que los niños de la clase media pueden ser más peligrosos, porque su delincuencia es como una reproducción en miniatura, de los delitos refinados. El ejemplo los pervierte, desde muy tiernos, y nuestros desequilibrios y locuras los tientan y los provocan á imitarnos. Son unos pasionales mucho antes de que en ellos hayan floreado y fructificado los sentimientos. Y estos arbustos de savia anémica, pero febril, se pudren en plena primavera. El vicio los atrapa y los chupa, á la salida de la escuela. Nuestro modo de vivir tan libre, tan descreído, tan desenfrenado, los sugestióna. Nuestros placeres y nuestros dolores son escandalosos, no tienen pizca de vergüenza y van por la calle haciendo escándalo.

Da tristeza pensar en esas pobres criaturas á quienes nosotros, sin quererlo y sin pensarlo, ponemos el primer cigarro en la boca, la primera copa en la mano y el primer odio en el corazón. . . .

David

Estampas Viejas

DAVID

GLORIA Y PECADO.

David era un político hábil como uno de esos Papas italianos que precedieron y sucedieron al gran periodo de la teocracia medioeval, ni había violencias que no hiciera redundar en su provecho, sin que por eso resulte responsable de ellas, ni deseo de engrandecimiento y consolidación de su poder que no supiera realizar con un tacto admirable. Cuando, gracias al asesinato del gran caudillo de sus enemigos, Abner, en cuyo honor compuso una elegía, y al asesinato del rey hijo de Shaul, á cuyos matadores hizo perecer, no tuvo adversarios en las tribus que su mano enérgica iba á comprimir para convertirlas en nación, pensó en el exterior. Con casi todas las monarquías cananeas celebró pactos de alianza y los tratados tuvieron alguna vez, no el aspecto muerto de un cuaderno primorosamente caligrafiado, empastado en taflete levantino y encerrado en una caja de terciopelo negro ó púrpura, como los de nuestros días, sino la forma viva de alguna hermosa mujer, hija de uno de los reyes vecinos del israelita, que después de los simplísimos ritos nupciales de aquellas épocas rudas, ingresaba en la casa íntima de David, en su *home*, en el haremlik. Ninguna de estas alianzas influyó tanto en Israel como la celebrada con el rey de Tiro, Hiram. Los fenicios llevaron á Ierusehalaim su arte industrial y bastardo, construyeron un suntuoso palacio al rey David, en que predominaba la madera del Líbano, y del mismo material edificaron las casas de los cortesanos en torno de la regia morada; aquella fué una ciudad real, un Versalles de cedro y bronce, dentro de la naciente población hierosolymitana. El idioma fenicio, las costumbres fenicias, pronto estuvieron de moda en los harems de la corte davidica, y luego, más ó menos ocultamente, las prácticas misteriosas de su religión naturalista que tenía tanto atractivo para aquellos hebreos ferozmente voluptuosos.

Sólo una cosa no pudieron matar los apóstoles fenicios del *business*, en la mente hebrea: la poesía. Esta forma intelectual de la emoción érales desconocida; pudieron inventar el alfabeto, no pudieron hacer un salmo; el alfabeto es más útil que el salmo, claro está, como que sin el alfabeto no conoceríamos los salmos; mas las cosas útiles inventadas desde Kadmos (supongamos que así se llamaba el inventor del alfabeto) hasta Alba Edison, son medios ¿para qué fin? Para éste: para guardar á la posteridad el *Miserere*, el *Sermón de la Montaña* y la voz de Adelina Patti.

El don de poesía sólo ha sido otorgado á los pueblos capaces de clavar los ojos en un Ideal trascendente. Los demás no han podido salir de un canto de niños. Ese don lo han poseído, entre los grupos creadores de nuestra cultura, el grupo helénico, en marcha hacia lo Bello, el romano, en marcha hacia lo Justo, el italiano, empeñado de hacer del Arte una patria, el germánico sacrificándose por organizar un catolicismo laico, el anglo-sajón aquistando para sí la libertad y encendiéndola como un faro sobre la civilización humana, el ibérico, consumiéndose en el esfuerzo de convertirse en la piedra angular del mundo de la autoridad y de la fe, y el francés, mezclando su sangre á la de todos los pueblos para fecundar en ellos e

enemigo de Batsheba y que no había consentido rivales en su puesto de generalismo del ejército israelita: los había asesinado, pero á él se debían las conquistas, á él la gloria del reinado. «¡Oh! decía el moribundo rey á Salomón, ¡oh! no dejes bajar su vejez en paz al Scheol (al reino de la muerte.) Y lo mismo con el que me ha insultado: ¡oh! has bajar sus canas ensangrentadas al Scheol.»

Era un hombre de su tiempo aquel viejo que después de tan terribles consejos «se durmió con sus padres.» Era un hombre de su época dura y cruel, en que no se habían inventado las fórmulas hipócritas de las guerras cultas, y en que la muerte era la siniestra y perpetua consejera de los reyes. Y era un hombre de más acá de su tiempo por sus arranques repentinos de humanidad, por su creencia en una justicia superior á él mismo. Este aspecto de David es el que se ha prolongado, como una sombra que fué alargando y agigantando el sol poniente de la gloria israelita hasta confundirla con la sombra de la cruz.

El palmista, el meshia de los días de gloria legendaria de Israel, al través de los profetas, se purifica y se espiritualiza como Iahvéh, su Elohin, su Dios y se diviniza al hacerse plenamente humano en el *nabi* de Galilea, á quien saludaban en las puertas de Ierusalaim las multitudes pascuales con el nombre que encerraba sus esperanzas mesiánicas: «*Hossana, hossana; ¡bendito el hijo de David.*»

JUSTO SIERRA.

NO HAY VALIENTES NI HAY COBARDES.

La vida humana se desenvuelve entre amagos, peligros y asechanzas. Desde el rayo que de súbito estalla y fulmina, hasta el miasma solapado y capcioso que envenena y mata; desde el enemigo audaz que acomete de frente, hasta el rival hipócrita que ocultamente zapa y mina nuestros intereses, nuestra reputación ó nuestra felicidad; desde el mar hasta la atmósfera, desde el abismo hasta el volcán, todo alrededor nuestro implica riesgo, supone peligro, encubre amago á la salud, á la vida, á la posición y á la fortuna, á la reputación y al prestigio de cada hombre.

El peligro se presenta á veces descarado, hirsuto, feroz como un monstruo, á veces disfrazado, cubierto de atractivos y encantos, seductor como una sirena. Hay flores perfumadas y coloridas en que fermentan venenos; amigos complacientes y amables que incuban odios y rencores; insectos pintados y primorosos que ocultan emponzoñados aguijones. La gloria nos atrae para torturarnos, el poder nos seduce para perdernos, la ambición nos embriaga para arruinarlos.

La vida humana no hubiera sido posible, la humanidad se hubiera ya extinguido en el planeta si frente á tanto peligro no pudieran levantarse el valor que los afronta, la astucia y la ciencia que los burlan y la fuerza que los domina y esclaviza. Por eso el valor es una virtud suprema y excelsa, es casi una religión y casi un culto, y honrándolo y venerándolo, el hombre tributa homenaje á una facultad redentora, origen y garantía de su bienestar presente y futuro.

Valientes los hombres primitivos que despoblaron de fieras los bosques, los guerreros que acometieron y vencieron á las tribus bárbaras: valientes también los apóstoles que predicando la buena nueva afrontaron la cruz y la hoguera, los que se pusieron frente á la superstición y la ignorancia, los que afrontaron la peste para poder curarla, los que manejaron venenos y explosivos, los que en débiles barcas surcaron el Océano, los que cruzaron sedientos y fatigados el desierto; valientes también los que aventuraron su fortuna en las grandes empresas industriales y comerciales. La historia del progreso humano es la historia del valor en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Múltiples y variadas, en efecto. Dentro de la facultad fundamental de afrontar el peligro; dentro de la capacidad de arrostrarlo, de medirse con él, de dominarlo y de extinguirlo, se disciernen, en efecto, va-



EL ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE HIDALGO.

El lunes 8 del mes en curso fué solemnizada esta fecha en un acto público que presidió el señor Secretario de Justicia. Después la numerosa comitiva se dirigió á la Catedral, y en el altar que guarda la urna con los restos de los héroes de la Independencia, se depositaron innumerables coronas y ramilletes.

riedades de tipo con caracteres propios, con atributos peculiares y con signos distintivos, y hay tantas clases de valor cuantas son las variedades del peligro.

Desde luego el hombre tiene tres grandes intereses que defender: su salud y su vida, su fortuna, su prestigio, su honra y su reputación. A esos tres grandes intereses corresponden tres grandes peligros y á éstos tres clases de valor. Con el valor militar afrontamos los peligros que corren la vida y la salud; él mediante, acometemos á la alimaña y la destruimos, asaltamos la trinchera enemiga y la escalamos; nos medimos cuerpo á cuerpo con el agitado oleaje y lo dominamos. En este orden de ideas es valiente quien sabe arriesgar la vida, quien se siente capaz de aventurarla en una empresa temeraria; así, son valientes el soldado, el marino, el explorador del Polo ó del Continente Negro.

Pero no sólo la vida, también la fortuna, aumentada á fuerza de inteligencia y de trabajo, los bienes heredados y cuidadosamente conservados, pueden correr peligros, disolverse en la bancarrota, disiparse en empresas ilusorias y temerarias, disolverse en el fraude, en la mala administración, en la jugada de bolsa. Y ay! del progreso, de la civilización, del comercio, de la industria, si no hubiera hombres que se expusieran á la miseria, á las privaciones, al sacrificio del bienestar de los suyos con tal de ensanchar y mejorar la producción, de acrecentar el comercio, de implantar nuevas industrias, de iniciar mejores procedimientos de trabajo, y de ampliar el campo de la acción y aquilatar el bienestar humanos.

Héroes y próceres hay de la Industria, del Comercio y de la Banca como los hay de la guerra; y los capitalistas que tendieron los rieles del primer ferrocarril, los que hicieron construir y explotar la *mule-junny*, los que lanzaron el primer barco de vapor, han sido tan benéficos como atrevidos y la humanidad debe á su valor industrias inmensas y preciadas conquistas.

No menos gloriosos y benéficos son los apóstoles, los filósofos, los propagandistas que se han expuesto al escarnio, á la befa, al menosprecio, á la pérdida de toda consideración y de toda estima por haberse

erguido contra el error, contra la superstición, contra las preocupaciones, por haber atacado de frente los extravíos del criterio y los descarríos de la opinión. Cristo, como Sócrates, Jordano Bruno como Juan Huss, Voltaire como Spencer ó Mill son también héroes de un género de valor grande, noble y benéfico.

Hay, pues, tres clases de héroes: los de la guerra, los del negocio, los de la idea; y hay tres categorías de proezas, las militares, las financieras y las científicas, filosóficas y políticas.

Pero lo raro y lo imprevisto del caso es que nunca ó rara vez estas tres formas del valor y estas tres variantes del heroísmo coinciden y coexisten en el mismo individuo; lejos de eso parecen más bien excluirse la una á la otra. El financiero audaz que tiene valor para arriesgar millones en una empresa temeraria y sin palidez en el semblante, sin angustia en el corazón, sin un latido adicional en el pulso; que duerme á pierna suelta la víspera de la bancarrota, temblará como un convulsionario frente á un bandido, en un día de motín ó en una batalla. El pensador profundo que afronta sin pestañear el oprobio, la deshonra y el desprestigio por divulgar una idea, sentirá erizarse de terror su cabello á la idea de perder veinte pesos en un albur ó de malversar mil en una especulación arriesgada; y quien ha sabido ofrecer sereno su pecho á las balas enemigas, asaltar sonriente baluartes y afrontar impávido la metralla, sentirá angustia ante el *qué dirán*, tendrá miedo cervical á la opinión pública y no escalará una tribuna con el brío con que escaló un parapeto.

De ahí una primera clasificación de los valientes; de ahí la posibilidad de carecer de una y de ser capaz de otra forma del valor, y analizándose á sí mismo puede encontrarse que seguramente poseemos ya la una, ya la otra. Podremos ser cobardes ante la riña, el duelo ó el combate y sentirnos capaces de afrontar con denuedo la opinión; podremos ser tímidos ante las armas

y arriesgados é impetuosos para los negocios, y los casos opuestos son igualmente frecuentes.

Aún hay más; dentro de cada clase de valor se presentan anomalías y en cada caso se puede ser valiente y cobarde según las circunstancias del peligro mismo. Tanto da, en rigor, morir de un balazo como de una apoplejía, y hay quien tenga más miedo á la apoplejía que al disparo ó al disparo que á la apoplejía. Valientes hay que impávidos ante un revólver se sienten acometidos de terror ante un cuchillo. Al escoger género de muerte se acentúan esas inexplicables preferencias y esos matices imperceptibles del valor. Cada suicida prefiere una manera de darse muerte; quién el arma de fuego, quién la precipitación desde una altura, quién la asfixia, quién el veneno; los otros medios, aún cuando sean más seguros y menos dolorosos ó más rápidos, inspiran temor, aprehensión, y á veces el suicidio se aplaza ó se frustra sólo porque el suicida no encuentra manera de usar del único medio que no le inspira miedo ú horror. Hemos conocido á uno que teniendo á la mano armas y venenos prefirió inocularse con sangre de un cadáver por más que sabía la horrible muerte que le esperaba.

Nada más frecuente que encontrar rayos de la guerra que tiemblan ante un ratón ó huyen de un alacrán.

Las mismas anomalías se observan en las otras variedades del valor. Hay financiero á quien inspiran miedo cervical las empresas mineras, y que se lanza de preferencia á las peligrosas aventuras de la Bolsa; á otros el comercio más aventurado les inspira más confianza que la industria más segura. En cuanto á valor civil hay quien es audaz en punto á ideas religiosas y tímido en punto á asuntos políticos; la audacia científica ó filosófica va á veces acompañada de pusilanimidad en materias morales ó sociales.

Esta facultad, pues, multiforme y multicolora, verdadero Proteo siempre cambiante y movido, ofrece formas para todos los gustos, moldes para todas las naturalezas, y puede afirmarse que nadie, ni aún las mujeres y los niños dejan de poseerla ó de carecer de ella, según la forma ó variedad que se considere.

No hay, pues, valientes en toda la extensión del término, ni cobardes en toda la significación de la palabra, cada cual tiene su alma en su almarío y puede ser alternativamente un héroe ó un mandria según el valor que se le pida y las condiciones peculiares del peligro que lo amaga. Lo cual no deja de ser consolador para todos.

DR. M. FLORES.

LAS MANIOBRAS.

Decía el Sr. General Berriozábal en el banquete que le ofreció el Sr. D. Pedro L. Rodríguez, Gobernador del Estado de Hidalgo: «Desde el año pasado comprendí la necesidad de formar una nueva ordenanza, y para que lo reglamentado se practicara en lo que se refiere al servicio de campaña, se acordó la expedición que hoy hemos visto concentrarse aquí.» Y luego agregaba con modestia que realiza sus grandes méritos de organizador: «Esto que es solamente un ensayo no puede considerarse como la última palabra de nuestro trabajo.»

Las tres brigadas á que se refería el Sr. Ministro de la Guerra, iban al mando del General Coronel D. Eugenio Rascón, del Coronel D. Lauro Villar y del Coronel D. José B. Cueto, respectivamente.

En los momentos en que entraba á Pachuca el Sr. Ministro efectuaban su concentración en la Plaza las tres brigadas, acampando, la primera en el Rancho de San Nicolás, la segunda cerca del edificio en que está la planta de la luz eléctrica y la tercera al N. E. de la Estación del Ferrocarril Mexicano.

En la del Central Mexicano, esperaba al Sr. Ministro, el Sr. Gobernador del Estado de Hidalgo, á quien acompañaban el Secretario del Gobierno, Lic. Don Francisco Hernández, el Juez de Distrito, el Jefe Político, los miembros del H. Ayuntamiento de Pa-



ESPERANDO AL SR. MINISTRO EN LA ESTACION DEL CENTRAL EN PACHUCA.

de organización en campaña que trata de resolver la Secretaría de su cargo.

El espacio de que disponía la 2ª Brigada era amplio y lo limitaban zanjas y setos vivos: formó en orden las líneas y la vista del campamento presentaba un aspecto de simetría admirable.

El Sr. Ministro no se limitó á examinar los movimientos que creyó conveniente ordenar, sino que examinó el rancho de los soldados, recogiendo informes pormenorizados acerca de los alimentos que tomaron durante la expedición.

No dejaremos de llamar la atención sobre las secciones del Servicio Sanitario que han merecido tan especiales y atinadas disposiciones á fin de dotar ese elemento del ejército de todo aquello que lo haga plenamente eficaz.

El servicio de correos es también admirable. Cada Sección estaba encomendada á Inspectores de Zona los cuales dieron á sus disposiciones todo el método y exactitud necesarios para que se viera con toda exactitud lo que puede esperarse de ese ramo en el evento desgraciado de una campaña.

Al frente de la tienda del servicio de correos se leía en unos cartelones la hora fijada para expedir la correspondencia.

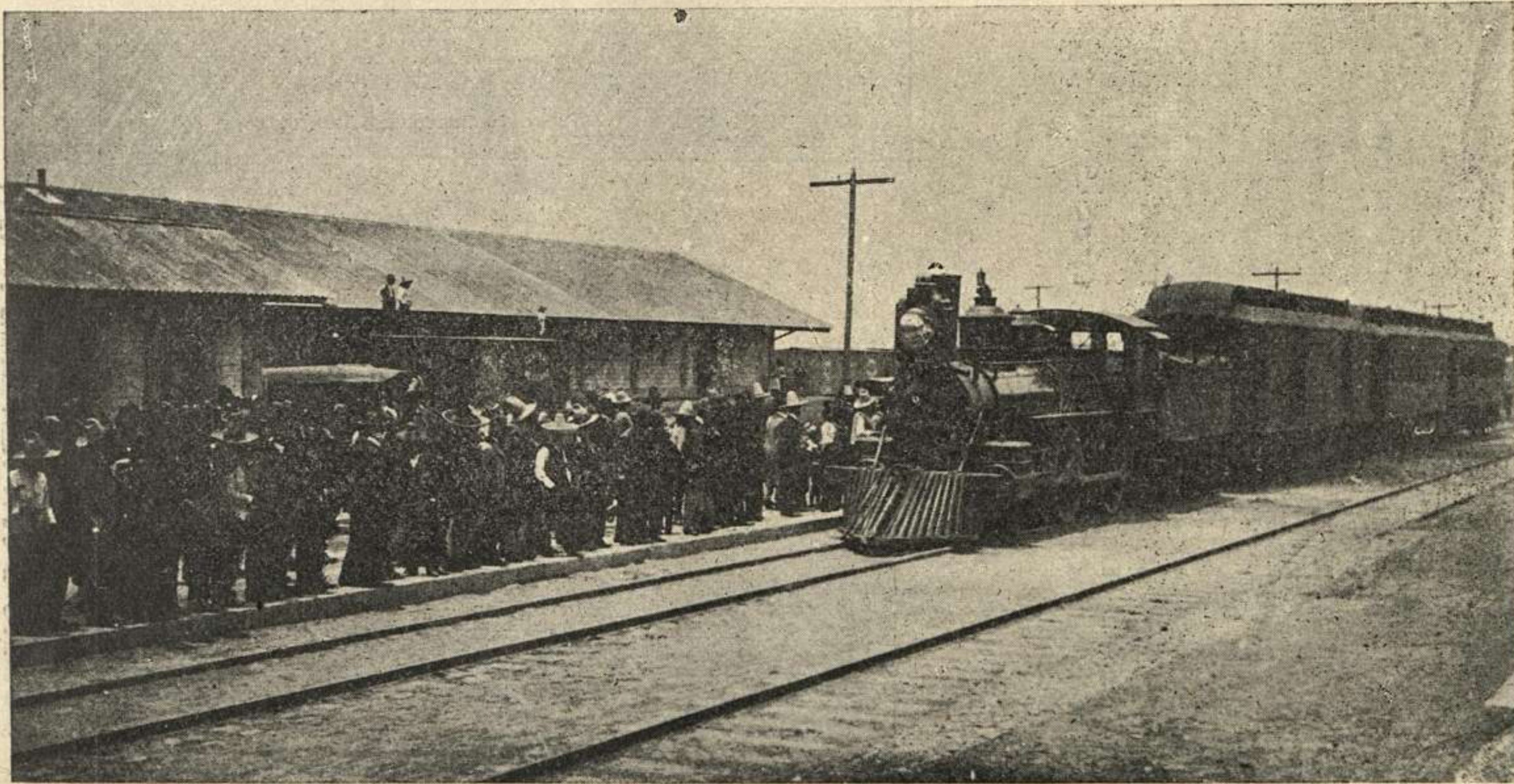
La tienda de correos se montó con la misma rapidez que las de los soldados y no bien se formó el campamento ya tenían la oficina instalada y en funciones á sus empleados; los mensajeros recorrían el campo en bicicleta.

Los representantes de *El Mundo* depositaron tarjetas dirigidas á nuestro jefe, el cual las recibió oportunamente y con ellas una prueba palmaria de la eficacia del servicio de correos de nuestro ejército.

Después de la revista, el señor Gobernador obsequió al señor General Berriozábal con un banquete, al que concurrieron, además de las personas que acompañaban al señor Ministro, el señor Secretario del Gobierno del Estado, el Juez de Distrito, Lic. Luis Alvarez León, el señor Director del Instituto del Estado, los Coroneles D. Jesús Rodríguez y D. Antonio Tovar, el diputado al Congreso de la Unión Lic. D. José María Castellanos y otras distinguidas personas.

Después de ofrecer el banquete el señor Gobernador, el señor General Berriozábal pronunció el brindis á que nos referimos arriba, y en el que revela la fe y el vigoroso empuje con que secunda y pone en práctica los grandes proyectos del señor Presidente en el ramo de Guerra.

Una vez acabado el banquete, se dirigió el Sr. Mi-



LLEGADA DEL EXPRESO QUE CONDUJO AL SR. MINISTRO DE LA GUERRA. [INSTAN TANEÁ.]

chuca, el Mayor de Plaza Teniente Coronel Párraga y los Coroneles Sres. Sebastián Ramírez y Néstor González.

Nuestras ilustraciones permiten ver el inmenso concurso que llenaba la Estación esperando la llegada del tren que conducía al Sr. Ministro.

El Sr. Gral. Berriozábal recibió en Pachuca respetuoso y entusiástico saludo de todas las clases sociales de aquella capital.

Inmediatamente ocupó la carretela que le ofreció el Sr. Gobernador, y acompañado por este funcionario y por el Sr. Secretario del Gobierno de Hidalgo, se dirigió al campo de maniobras para practicar la revista de los cuerpos de la expedición.

Seguían á la carretela doscientos charros. En todas las calzadas y calles la gente se agolpaba para presenciar el paso del Sr. Ministro. Muchas familias se situaron en la Plaza de toros desde cuyos pasillos se domina el lugar en que estaba el campamento de las tropas.

**

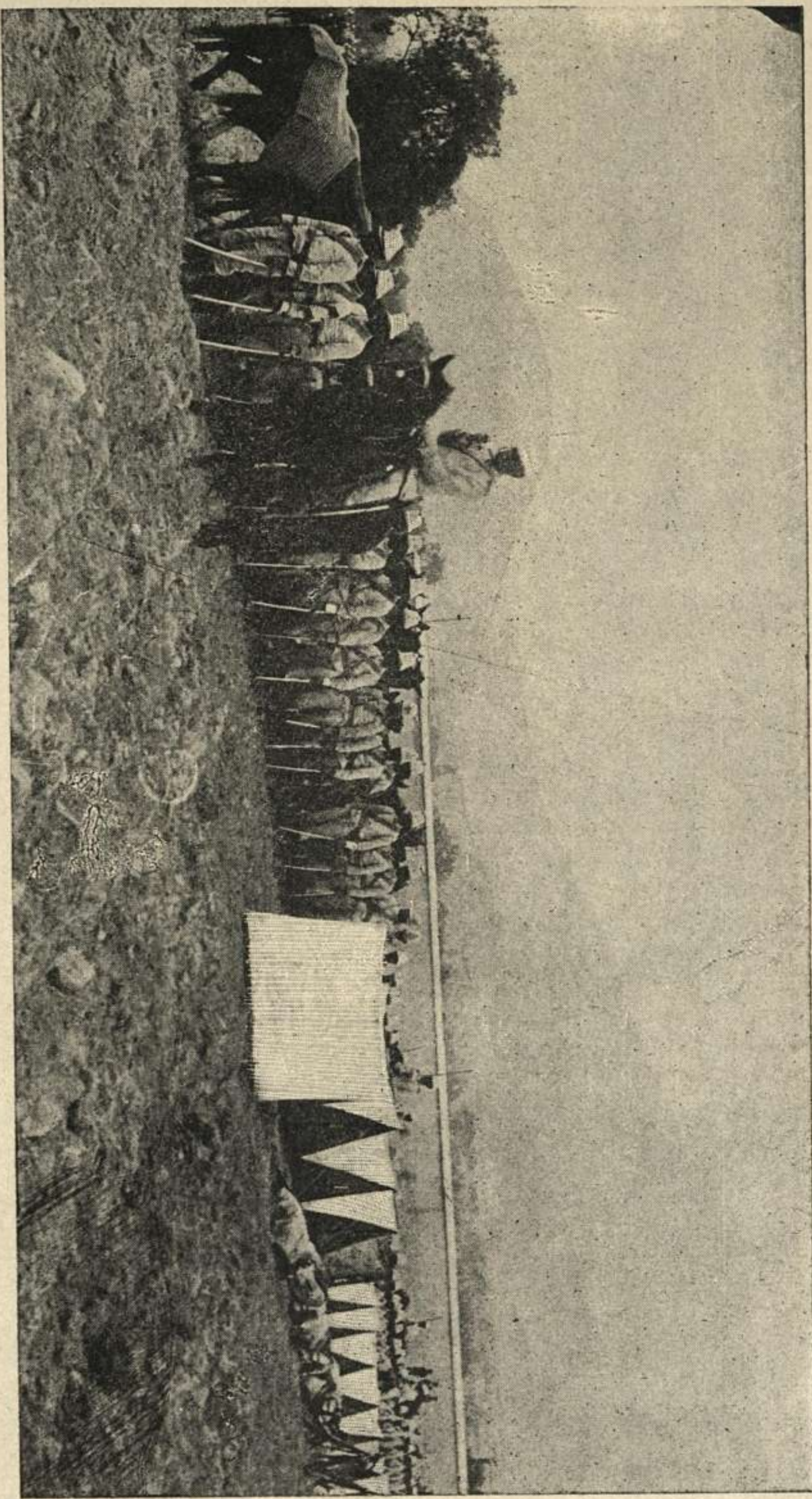
Pasó revista general de ellas el señor Ministro. Formáronse los campamentos y se desmontaron las tiendas con rapidez y precisión plenamente satisfactorias. El señor Ministro practicó reconocimientos minuciosos y concienzudos, á fin de medir con toda exactitud la instrucción de los jefes y oficiales y la obediencia á las prescripciones de los reglamentos vigentes.

El terreno en que acamparon las brigadas, es pintoresco y los jefes de ellas aprovecharon sus varias condiciones para desplegar las líneas y vivaquear, presentando sus tropas en la disposición apropiada para que el Señor Ministro apreciara las cuestiones

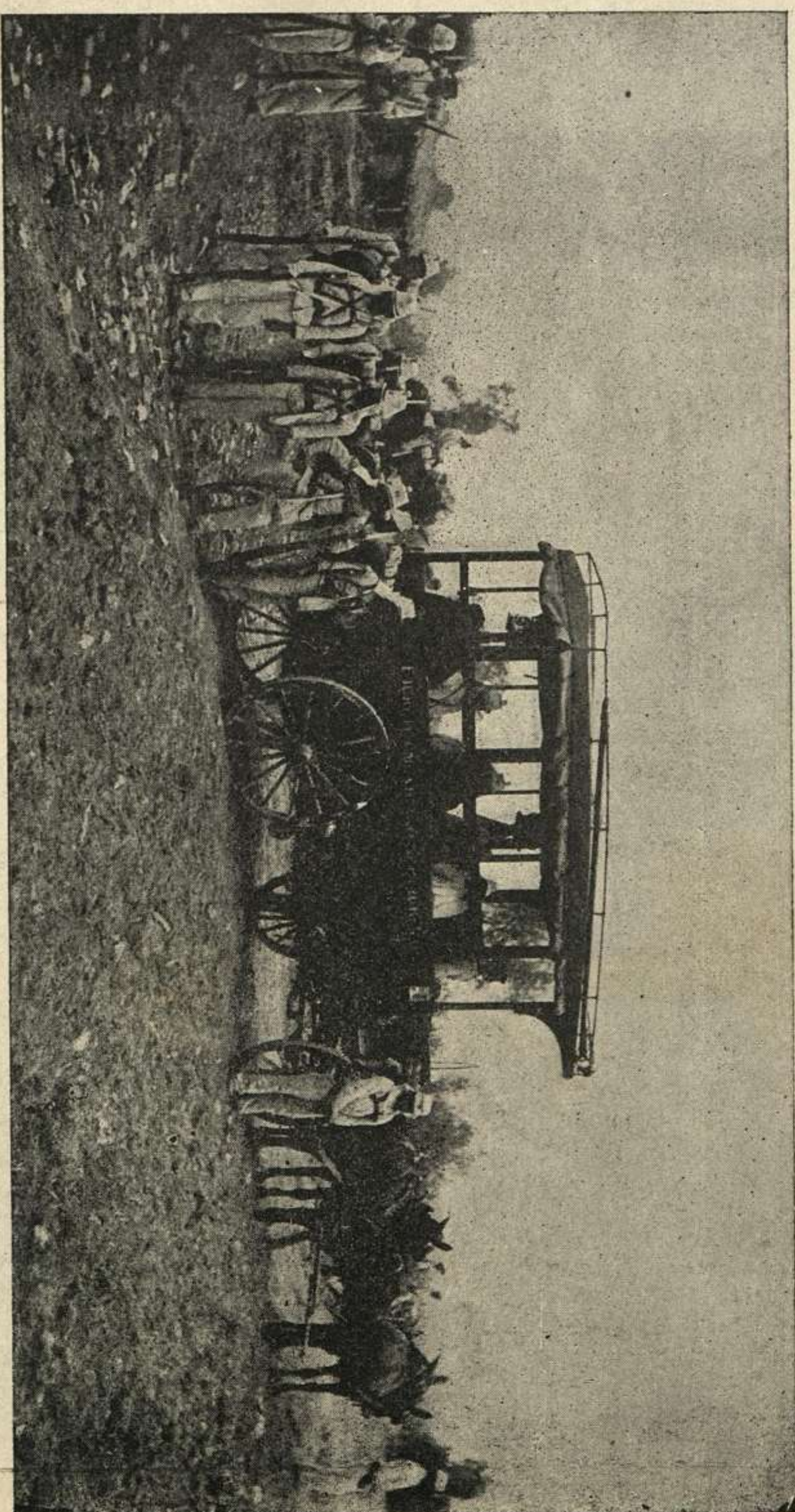


EL SR. MINISTRO, EL SR. GOBERNADOR Y EL SR. SECRETARIO DEL GOBIERNO DEL ESTADO, DIRIGIENDOSE AL CAMPO DE LAS MANIOBRAS.

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.



LA CABALLERIA ACAMPADA PASANDO REVISTA.



EL SERVICIO SANTUARIO, CARRO DE AMBULANCIA.

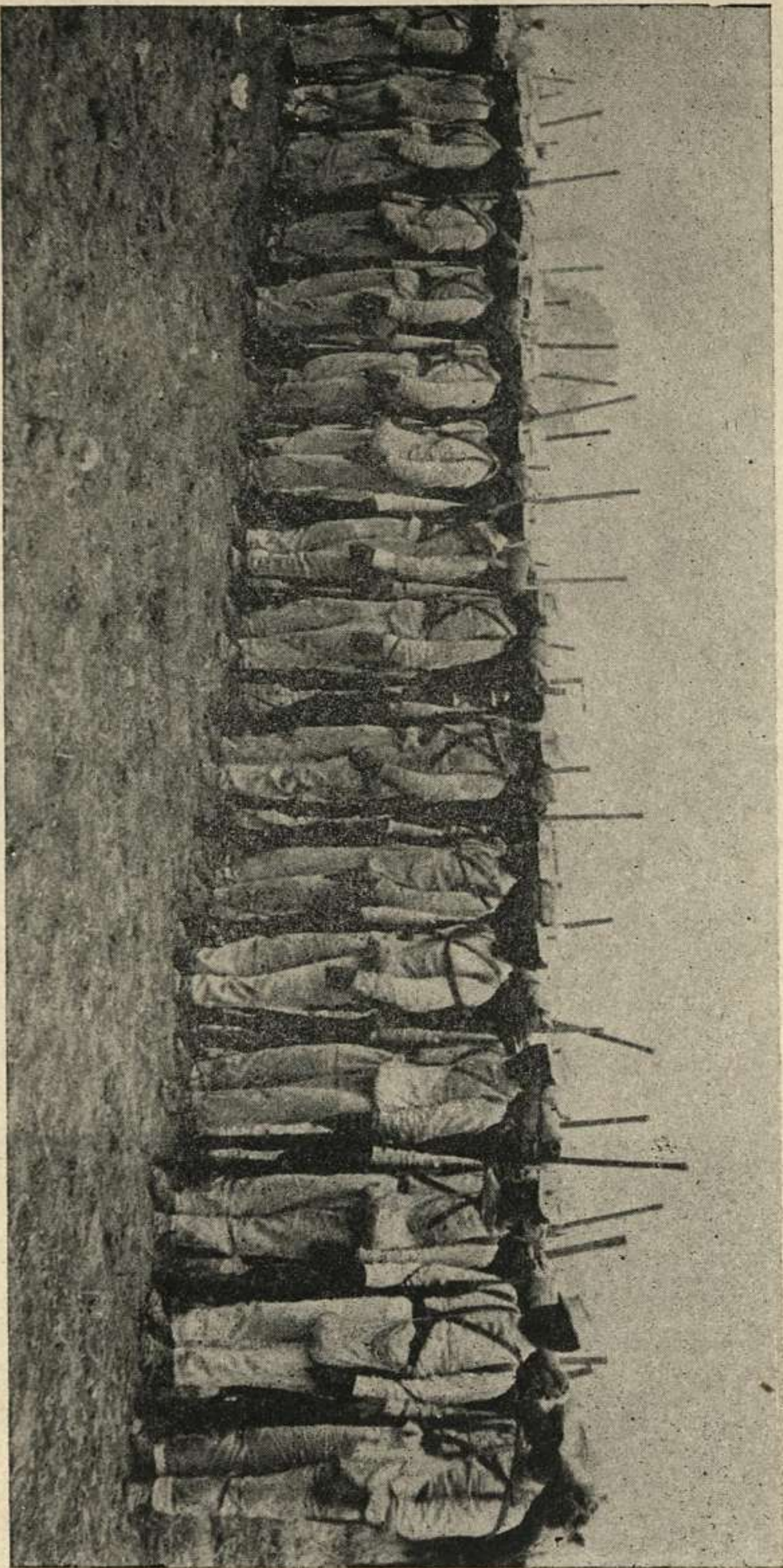
nistro á la Estación del Central, ocupando su coche especial en el que dictó varias disposiciones. A las seis de la tarde se presentaron los Jefes de Brigadas y Estados Mayores á recibir órdenes. Según la disposición del Sr. Ministro deben salir hoy domingo de Pachuca, formando una División al mando del General de Brigada D. José María de la Vega. La división pernoctará en los siguientes lugares: Domingo, Hacienda de Chavarrí; Lunes, Ometusco;

Martes, San Juan Teotihuacan y Miércoles, Santa Clara. El jueves hará su entrada á esta Capital y según se dice desfilará frente al Palacio Nacional. Ya se ha dicho cuál es el objeto de la expedición y maniobras de las Brigadas. Como en la Secretaría de Guerra se estudia todo un plan de organización del Ejército, estas maniobras tienden á poner en práctica los reglamentos, no sólo para instrucción de jefes y soldados sino para modifi-

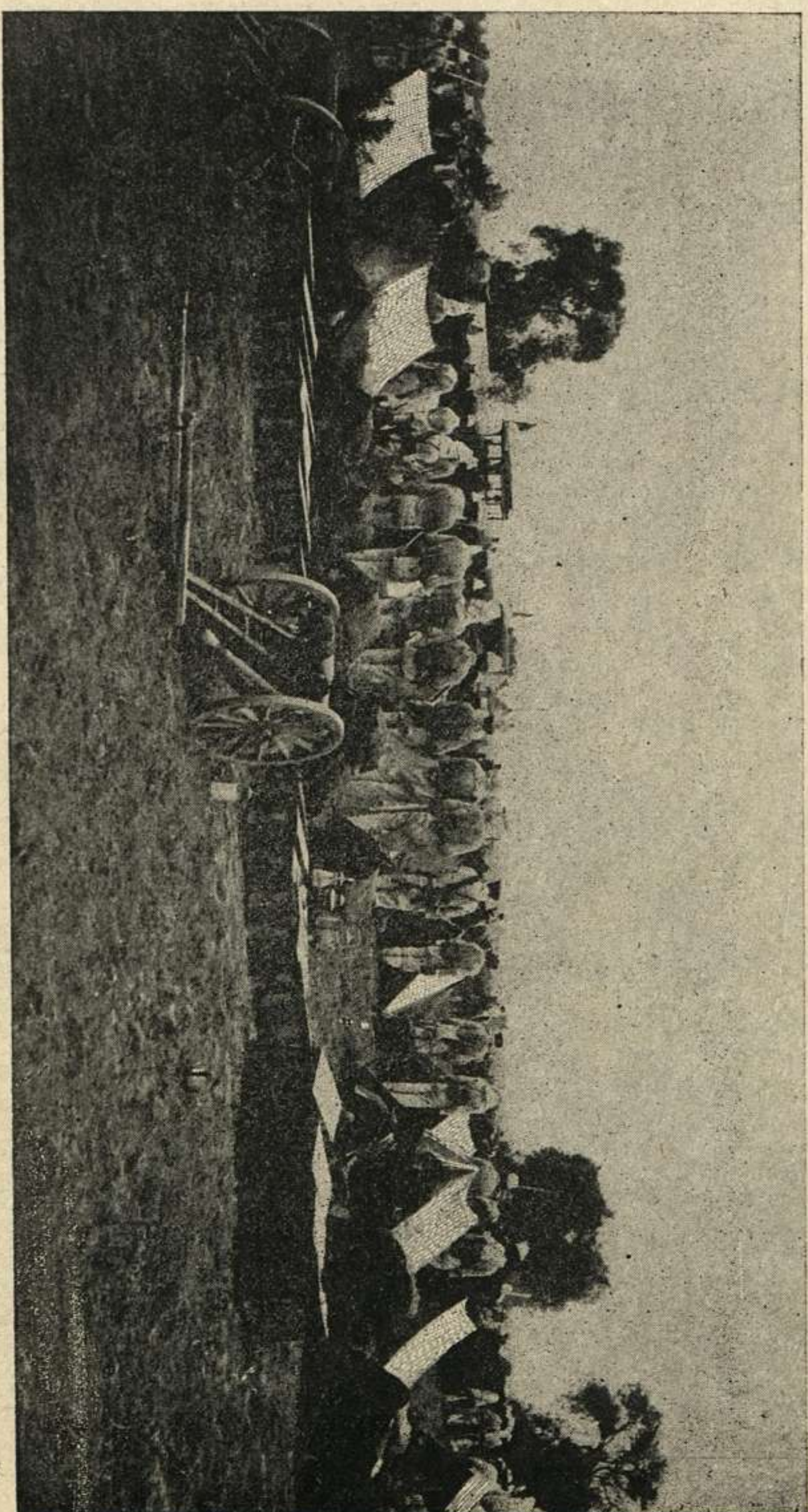
car ó confirmar de las diversas disposiciones que contienen los reglamentos. El Sr. General Berriozábal con gran prudencia dispuso que se pusieran al frente del mando y Estados Mayores de las Brigadas á los mismos jefes que tienen á su cargo la Comisión de Reglamentos, así es que en las próximas juntas se discutirán éstos con todos los datos que se haya podido compilar durante la expedición.

DEFINICIONES.

Movible como la onda, ha dicho Shakespeare del corazón de la mujer. Podría agregarse, profundo é impenetrable como el mar.—*Javier Eyma.* * * * Comparo el corazón de las mujeres á esas cajas mágicas, de las que salen cuando se las abre, diablitos de todas las formas imaginables.—*Alejandro Dumas.*



ZAPADORES DEL 16 DE INFANTERIA PASANDO REVISTA ANTES DE ACAMPAR.



LA ARTILLERIA DE MONTAÑA ACAMPADA.

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

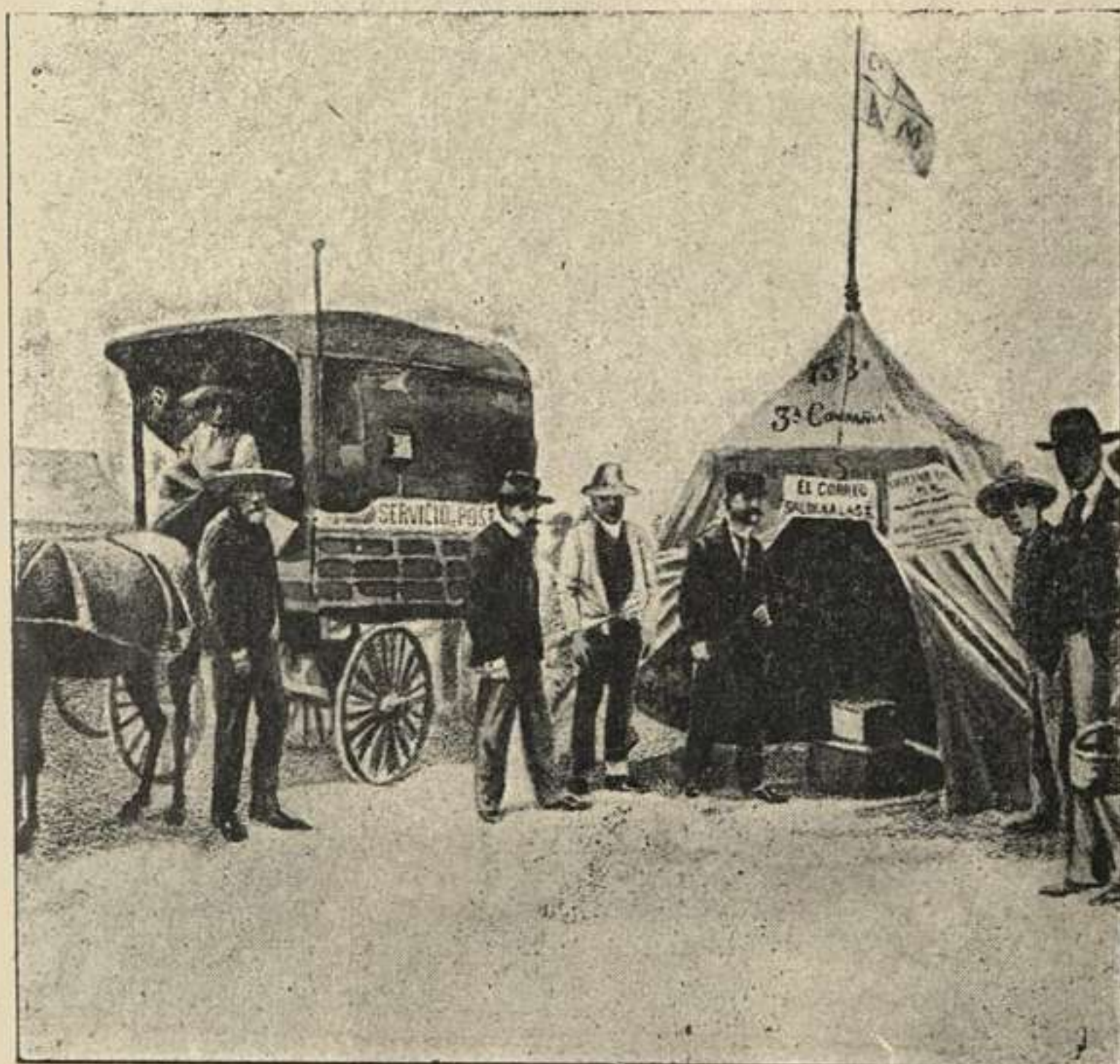


EL CAMPAMENTO DE LA 1ª BRIGADA.

haz reunidas; y poderlas gozar así, abrazándonos á todos juntos con un solo abrazo supremo.

Melancolías, nostalgias y deseos imposibles, forman lentamente la tristeza que se alza de las páginas de muchos libros de viajes, como aliento de flores marchitas, y llena el alma del viajero hasta cambiarla en algo semejante á uno de esos valles muy hondos, húmedos y oscuros, siempre llenos de niebla. Ignoro si esa tristeza tiene algo de envidiable, ni si revela hermosura y nobleza de corazón, como algunos dicen. Es cierto que nos regala instantes de voluptuosidad exquisita, pero en otras ocasiones inmensamente amarga. De todos modos, y aun en sus mayores amarguras, la prefiero á la indiferencia de las almas que, sin extasiarse una sola vez, ni vibrar un momento solo, recorren la tierra. ¿Qué importa que nos volvamos tristes, si podemos conservar, viva y palpitante en la memoria, una siquiera de las bellezas por entre las cuales pasamos: el pedazo de cielo que nos acogió sonriendo con su diáfana limpidez azul, la escena de campo que nos colmó de regocijo, el crepúsculo sangriento cuya agonía presenciamos, el rostro hechicero de mujer que nos turbó deliciosamente, ó la rama en flor, mojada de rocío, que en el borde de estrecha vereda golpeó nuestras mejillas, perfumándolas?

M. DIAZ RODRIGUEZ.



EL SERVICIO DE CORREOS DEL EJERCITO.



LA IMPEDIMENTA ACAMPADA.—LAS FRAGUAS.

ALMA DE VIAJERO.

Lo que pasa á algunos con la belleza de la mujer, nos ocurre á otros con la belleza en general. El recuerdo de los sitios hermosos donde vivimos y de las cosas que en tales sitios amamos nos persigue y asedia. El menor suceso evoca, á veces, en nosotros multitud de imágenes, pálidas y vivas. Un olor cualquiera, que para los demás nada significa, puede en nosotros despertar un gran número de sensaciones dormidas, apagadas, casi muertas, que un día sacudieron nuestros nervios: quizás me transporte á la obscura alameda por donde paseamos un sueño divino de la adolescencia, ó á la orilla del lago sobre cuya onda muda murmuramos palabras de amor al compás de unos remos, ó á la casita de campo adonde el viento llevó á media noche hasta nosotros una canción quejumbrosa y triste, como canción de ave extraviada en la sombra nocturna. La quietud y monotonía de una existencia que se desliza bajo el mismo cielo y en un mismo horizonte, se nos llega á hacer insoportable. Vivimos con el pensamiento en varios países á la vez y padecemos la nostalgia de todos esos países. El reposo nos fatiga y abrumba; suspiramos por la agitación y el movimiento de los viajes; sentimos necesidad de que nuestro cuerpo se extremezca y vibre con el traqueteo de los coches; y echamos de menos el calorío que pone en nuestra médula el desatentado correr de los trenes muy rápidos.

De cuando en cuando se cierran nuestros ojos, y se recogen, á la sombra de los párpados, á soñar con días llenos de sol y fugas vertiginosas de paisajes. A veces, pensando en todas las cosas bellas que hemos visto desparramadas por el mundo, muy distantes unas de otras, nuestra nostalgia se convierte en el deseo insensato de hallar todas esas bellezas en un



UN GRUPO PINTORES CO.—FAMILIAS DE SOLDADOS.





SIN NOMBRE.

I

Un peón que recortaba el pasto, suspendió los vaivenes de la hoz, estaba en cucullas, se puso en pie, y dirigiendo una mirada al pabellón de vidrieras herméticamente cerradas, dijo á su mujer, que echadas atrás las puntas del rebozo, encorvada, una mano en la rodilla, arrancaba las hojas de perejil en la hortaliza:

—¿Y, cómo sigue?

—Mala. . . . tres veces ha venido el doctor, no quitan el coche desde ayer, por lo que pudiera ofrecerse. Donde esta niña se muera, sabe Dios lo que será de la señora, que está hecha una loca. Y volviendo la vista en torno, agregó, apoyando la mandíbula en la mano y la diestra en el codo: Mira, tú, si parece esto camposanto de puro triste. Y los patrones, de partir el alma, ora que me llamaron para sacar la ropa sucia, entré hasta la pieza: la señora en la cabecera, teniendo así á la niña Elodia, y el señor, ya sale, ya entra, ya se para, ya se deja caer en las sillas, sin cuello, sin pantuflas; no come, tú, por eso tiene una cara fatal. . . . el desayuno lo dejó enterito: te guardé los bizcochos que sobraron.

—Bueno, y la chiquita llora, se queja. . . . ¿ó qué?

—Nada, has de cuenta un tronco. . . resuella fuerte, y nada más. . . no abre los ojos.

—Eso es. . . . *tiricia*.

—¡Qué! si dicen que es algo de adentro, de los nervios, ¡ve tú á saber! Y los patrones, llora y llora; uno trae el *chisme* ese que les meten debajo del brazo para ver si tienen calentura, otro vé el reló, y cucharada y cucharada, y píldora y píldora.

—¡Sea por Dios! ¿Ya hiciste el almuerzo? porque han de ser las diez, tú; mira hasta donde da la sombra de la magnolia. Anda carrerita, y cuando esté me avisas. Remangóse los calzoncillos, empuñó dos regaderas, que paseó bañando los arbustos, y tras un ¡han! de cansancio, secóse el sudor con la manga, lanzó el principio de un silbido, se acordó que no podía, y si-

guió tundiendo el camellón, en cuyo extremo yacían olvidados juguetes de niño: un cubo azul, una pala minúscula y un rastrillo clavado en los terrenos.

¡Y Abril, entretanto, se cuajaba en grumos de nieve sobre los rosaes! ¡El mes del blondo sol prendía ascuas verdes en los retoños y franjeaba de oro la flequería de las enredaderas! Toda la paleta de los blancos y azules castos y de los rojos lascivos se sacudía en los follajes, que aquí rompían las rejas del cenador, allá doblaban los alambres guías de las trepadoras, y Elodia, dentro, en la obscuridad de los enfermos, oía, desde su cama, el retozar de los pájaros y aquel melancólico ritornelo de la fuente, un tallo de cristal en cuyo extremo una florescencia de blancuras lanzaba centelleo de pedrerías.

Una semana antes, fué al jardín por última vez: el señor leía sus periódicos en el cenador, después de bañarse y hacer sus diez *crastos* con las balas, se paseó en zapatillas por la arena crepitante, enderezó las cercas caídas, olió las rosas y pidió el desayuno; la señora llevaba una bata azul, pusieron el almuerzo en una mesa rústica, en albo mantel, y se colocó la silla alta de Elodia, entre los dos: la niñera atrás, seria y con delantal almidonado, teniendo en la mano el aro de colores.

—Pero chiquita, ¿qué tienes? no has pedido un beso á papá. ¿No me quieres? A ver, déme su boquita; ¿no eres mi cielo?

—Sí, pero tengo sueño!

—Sueño ¡y ha dormido toda la noche! ande, floja. Cuando vayas á comprar carne, no la compres ni de aquí, ni de aquí, ni de aquí, sólo de aquí. . . .

—Está palidita.

—Todas las porquerías que comió ayer, te lo dije; dale su purga. ¿No quieres café? ¿Prefieres el chocolate? ¿Tomas tu costilla y tu vino? Anda, yo mismo te la doy, así, en pedacitos, abre la boca.

La niña no respondía; cruzando los brazos sobre el mantel y dejando caer en ellos la cabecita, dormitaba.

—Y está fresca, no tiene calentura! ¿Qué será? Por las dudas, que venga el médico; tal vez un recargo de estómago.

Y lo decían con un tono que procuraban hacer alegre, pero resultaba sollozante, con el tono de la cobardía paterna, de que ese frágil sér, tierno capullo, delicado pajarito, ese querubín endeble, pudiera llorar. Porque era el primer hijo, el más amado, la caricia hecha carne, la herencia de amor, donde se completan y resumen los esposos; aquel angelito rubio de quien tanto hablaban en voz baja y entre rubores, el que esperaron tanto tiempo con mudas ansiedades; el hijo del primer dolor, el tesoro que se contempla al borde de la cuna, el que si suspira os hace saltar del lecho, temblorosos y cuitados, el que abre los ojos para que despierte el día, el que con su enfado ó sus transportes alegre ó entristece el desayuno: el que si está pálido, os persigue con su carita dolorosa, en la oficina, en la calle, en todas partes, y os sobresalta esta pregunta que acompañan latidos turbulentos: ¿cómo habrá seguido? y olvidáis el cálculo, y no atináis con la frase, y se confunden la ley ó la fecha, y os llegáis al teléfono para preguntar con ansia y sentir un inmenso consuelo cuando una voz amada os contesta que está dormidito, sí, dormido, y nadie chista; se anda de puntillas, se espanta la mosca, se dulcifica la mirada, y suspensos lo miráis respirar poco á poco, con huellas rojas de encaje en la mejilla, las manecitas apretadas, y cuando lanza un suspiro de reposo, balbutís, con los ojos húmedos: ¡pobrecito! Por un juguete, que romperá mañana, contraís un compromiso; por verlo patear un momento más, no acudís á la cita; y hay un poema de sereno amor en esa lenta y larga mirada que posáis en la esposa que le ha legado el azur de los ojos besados con mística ternura y el hoyuelito que en la risa hace exclamar: ¡es tu retrato! Le han hecho fotografías, desnudo y entre blondas; por él se detienen en los escaparates y recorren las tiendas, el incrédulo pide un Dios para que lo proteja, y sea la suerte una hija de Faraón, que no lo deje morir en la cesta de mimbrés

COSAS VISTAS.

I

LOS ADOBEROS.

El sol de Agosto caía á plomo sobre el fallaje que los frutos ya maduros y las primeras hojas secas salpicaban de manchas rojas y amarillas, y las inmóviles y atigradas sombras, tendidas en torno de los tallos, atraían dulcemente la vista fatigada por el gris deslumbrador de la reseca tierra. El lento susurro de moscas y mayates y el rumor invariable del agua, lejos de turbar el silencio, armonizaban con él, haciéndole más perceptible. De vez en cuando, una tenue ráfaga de aire, moviendo apenas las ramas más altas, volvía hacia el sol el dorso blanquecino de las hojas. El aire cesaba, y, precedido de un débil rozamiento, sonaba en la tierra, seco y distinto, el golpe de un fruto.

Dos adoberos, en una melga distante, ejecutaban sus maniobras iguales y precisas. Su camisa de morena manta remangada hasta los hombros, y sus amplios calzones de lo mismo enrollados á los muslos, albeaban junto á la bronceína piel de sus brazos y



piernas. En las ramas de un árbol colgaban los sombreros de petate y el guaje de agua fresca, y, arrimados al tronco, yacían los jorongos de vivos matices á par de los guaraches con el entretejido correaje del color de la tierra y en la plantilla inferior la mancha negra formada por el contacto del pié.

Los dos adoberos trabajaban, trabajaban sin descanso mientras el sol iba cayendo. . . . Uno de ellos llenaba una cubeta en el vecino regajo y la vaciaba de un golpe sobre el barro negruzco, salpicado de leves aristas de paja. Removíale después hundiéndolo en él su azadón, y cogiendo en la plancha cuanto en ella cabía, llenaba de lodo un mediano trozo de tabla que iba á vaciar más allá á lo largo de la melga, en montoncillos simétricos. El otro, apoyando en el borde de la tina la tosca adobera, la humedecía por dentro, y, poniéndose en cuclillas, la hincaba con fuerza en los montones de barro, quitaba el que había quedado en torno de ella, la rasaba con ambas manos, y golpeándola suavemente por uno y por otro lado, alzábala á pulso, apareciendo el adobe negro y brillante, sobre el cual arrojaba después un puñado de polvo. . .

Y empezaron á cantar las gorrionas en los frutales y á chillar las urracas en los fresnos; hicieron las rachas más frecuentes y más duraderas; aparecieron mujeres que hablaban y reían, muchachos que apedreaban los árboles, y venían de todas partes alegres rumores que abogaban el susurro de mayates y moscas y el ruido del agua. Los últimos rayos del sol ya oculto bañaban con dorada luz el horizonte, y alcanzándolas apenas con su débil extremidad, ponían un tinte rosado en las nubes dispersas en el cenit. Aparecían, aquí y allá, claros de cielo de un verde pálido y las cordilleras orientales se destacaban sobre un fondo sombrío, teñidas de intenso violeta.

Entonces los adoberos se restregaron las costras de lodo pegadas á sus piernas; laváronse las manos y se las secaron frotándolas repetidas veces de palma y de dorso en los calzones y en la camisa; se bajaron mangas y perneras, sobándolas hacia abajo para quitarles el vicio; se calzaron, y recogiendo los jorongos y los útiles de trabajo, el uno tras el otro, se alejaron por los umbrosos andadores, al través de las huertas. . . . Ya la arbolada se había desvanecido, y el obscuro follaje destacaba claramente su caprichoso perfil en el espacio incoloro.

II

EN LA FERIA.

La pequeña ciudad de barracas de mantas parecida á un campamento, en que se albergan durante las ferias de mi pueblo, ruletas, chuzas, loterías y otros establecimientos similares, estaba aquella noche llena de gente y de ruido. Voceaban los puesteros los cacahuates, las naranjas, los perones, las nueces, y los dulceros ambulantes lanzaban su estridente ¡dulces y agua!



tan grato á los oídos infantiles. Aquí tocaba una orquesta piezas alegres; allá un violín ronco rechinaba al compás de un canto desentonado y gangoso; en una pulquería, un *peladillo* de anchos calzones, el jorongo al hombro y el sombrero de palma echado hacia las cejas, batía la tierra, bailando el nervioso *jarabe tapatio*, al son de un arpa, mientras los demás parroquianos, sentados en torno, apuraban, uno tras otro, en el mismo enorme jarro, el espumoso pulque. La dueña del establecimiento, con cintas rojas en las negras trenzas echadas sobre la espalda, airosamente terciado el rebozo tornasol y sonantes y ampulosas las enaguas de indiana azul, de pié ante el mostrador, servía á los consumidores de dentro y de fuera, llenando sin cesar jarros y vasos en la gran tina erguida sobre el tablero. Más allá, los *caballitos* giraban con ruido de tren en marcha, entre los jadeos del vaporcillo que les movía y el aire monótono del cilindro.

Un *carcamanero*, ante la mesa cubierta con rojo cobertor, en que, á la luz del farol de sucios vidrios, se aparecían los naipes encuadrados en roñosos marcos de zinc y un montoncillo de centavos salpicado de pequeñas piezas de plata, agitaba su encascabelado cubilete, cantando una copla chusca para atraer á los jugadores.

Pero el hombre no estaba para ello. Primero una pareja de aldeanos, después una vieja con dos niñitos, luego una infinidad de tipos de todas clases y estaturas, habían ido ganándole centavos, medios, reales, llevándose, al cabo, las tres cuartas partes de su exiguo capital.

Por último, una pandilla de maleantes pilluelos rodeó la mesa. Tres de ellos, apoyados los unos en los otros, y el de en medio con los brazos sobre el cuello de sus adláteres, hacían las apuestas. De los otros dos, uno se afanaba por encender un cigarrillo de hoja de maíz, metiéndole por los resquicios del destarado farol, y el otro daba terribles dentelladas á un trozo de caña y escupía los bagazos sobre el primero que acertaba á pasar á su lado.

Apostaban cuartilla cada vez; pero como la suerte era buena, uno de los rapaces gritó, moviendo nerviosamente brazos y piernas:

—¡Ora de á rial!

—¡Párate, párate,—observó otro!

—¡Sí, sí, de á rial!—aulló un tercero.

Y las apuestas se cuadruplicaron. En un dos por tres *tumbaron el monte*, y entre risas, alaridos y zapateas, se fueron de ahí con el enorme capital de doce reales.

El infeliz *carcamanero* se rascó la cabeza metiendo los dedos de la mano derecha por debajo del sombrero; apagó el farol y le dejó en tierra; dobló cuidadosamente el zarape sobre los naipes y el cubilete; se puso en cuclillas debajo de la mesa, y, tras de algunos tanteos, la levantó en equilibrio sobre la coronilla; cogió en una mano el doblado zarape, y en la otra el farol y la silla, y abriéndose paso entre el inquieto gentío, desapareció en la obscuridad de la cercana calle.

III

EN MITAD DEL ARROYO.

Era un mediodía de principios de Mayo. El cielo grises en el cenit, hacía experimentar con sus lejanías intensamente azuladas la vaga sensación de misterio que causa el agua inmóvil y profunda. El sol no caldeaba la tierra, antes bien, parecía bañarla en un fresco raudal, callado y transparente, que lavaba las hojas de los árboles, sacaba lustre á las fachadas, humedecía levemente el polvo de la calle é impregnaba de grata frescura las alas del viento intermitente y suave como el sople de un abanico. Pasaban los transeuntes con aire de actividad y bienestar; los carros de carga corrían rebotando con ruido ensordecedor, entre el chasquear de la tralla y el vocear del cochero, y cantaban los zenzontles y los canarios en las casas vecinas. Una pareja de gorriones piaba en la orilla de un pretil, y un perrazo, sentado en los

cuartos traseros y meneando la cola, los miraba desde la acera de enfrente con ojos de codicia.

Tres chicuelos seguían, ronceando, la calle adelante. Dos de ellos, que debían de ser hermanos, llevaban idéntico traje: pantalones de cotonada con remiendos de género nuevo en las rodillas, sujetos con un solo tirante de materia y color indefinibles, camisillas de indiana colorada y sombreros de lana caídos de falda y puntiagudos de copa sin ribete ni cinta, como mangas de colar. El otro vestía calzones y camisa de manta, metida ésta dentro de aquéllos solamente por la parte delantera, y un gran sombrero de palma al que le faltaba la parte extrema de la copa. Los tres coincidían en tres cosas: en la suciedad de la cara, en lo alborotado de las greñas y en el ir descalzos y en pernetas. Uno de los primeros llevaba al brazo una canasta tapada con morena y burda servilleta.

Los seguía de cerca, deteniéndose cada vez que se detenían y mirándolos fijamente, como fascinada, una muchachuela de rostro moreno y gracioso, cubierta la cabeza con un rebocillo de hilo azul, por debajo del cual salían mechones de negro y liso pelo. Vestía cortas enaguillas de quimón y medias rojas, caída la una y la otra á medio camino de la pantorrilla abajo. Por los agujeros de los rotos zapatos se le escapaban los dedos gordos y desnudos al par que algunas hilachas de las rotas medias. Llevaba en la mano derecha un botijo de barro.

Los tres chicuelos se detuvieron á hacer sonar la argolla de hierro que servía de remate á un guardacantón, y la embobada muchacha se detuvo también á corta distancia, arrimada á una puerta. Aquellos hablaban y reían, cuando, súbitamente, rodó la canasta hacia el arroyo esparciendo hasta una docena de tortillas y sendos platos de toza burda con caldo, carne de cocido, garbanzos y frijoles. Caer la canasta y soltar el grito el muchacho que la traía, fué todo uno. Lloraba haciendo muecas y frotándose los ojos con el dorso de ambas manos. El que parecía su pariente recogió la canasta y fué poniendo dentro de ella los platos, las tortillas y la servilleta.

—Anda,—dijo al afligido muchacho,—les dices que te *cayistes*.

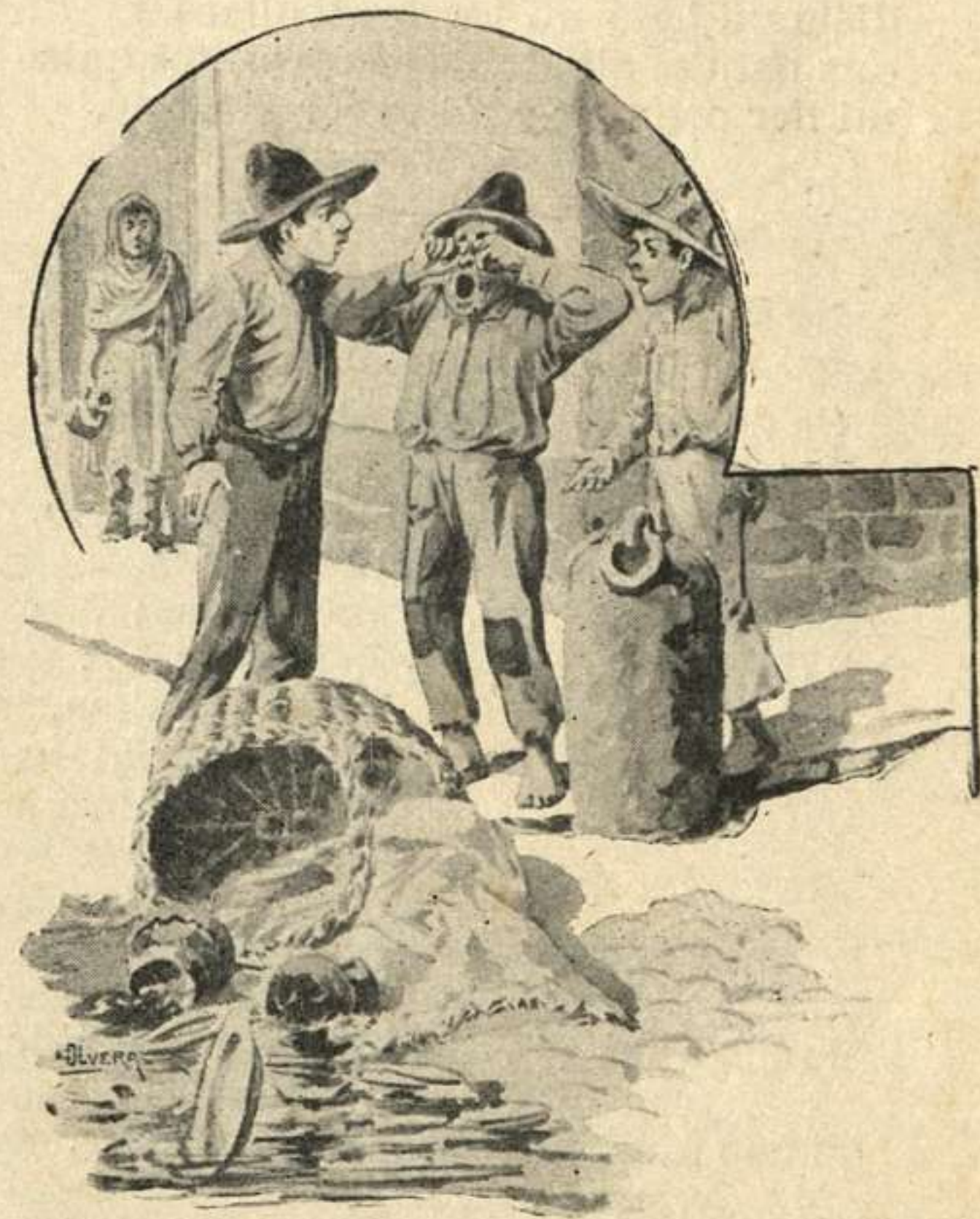
Y dirigiéndose al otro que permanecía impasible, agregó:

—Yo creo que no le harán nada. ¿Verdád?

—Llévala tú, gimio aquél entre sollozos y lágrimas.

Entonces el compasivo chicuelo extendió la servilleta sobre la canasta, y cogiéndola por el asa, á buen paso y sin decir palabra, se fué por donde habían venido.

La muchacha, entre tanto, silenciosa y sin moverse de su sitio, miraba, miraba fijamente; mientras el otro rapaz, mascando *chicle* y escupiendo de vez en cuando por el colmillo, brincaba el guardacantón de acá para allá y de allá para acá con presteza increíble.



De pronto el que lloraba, interrumpiendo en seco su llanto y arrimándose á la pared, levantó vivamente una pierna, se cogió el pié entre ambas manos y serio y formal, comenzó con repetidos pellizcos á sacarse una espina. Cuando la tuvo entre el pulgar y el índice, tras de mirarla un instante, la aventó de un capirotazo, se puso á llorar nuevamente con iguales ganas y con las mismas muecas, y echó á andar á buen paso, diciéndole á su compañero que continuaba en sus juegos acrobáticos.

—Vente. . . pa que me atajes porque no dilata en venir mamá.

El otro le siguió con aire descuidado y tranquilo. La muchacha se fué tras ellos con el embobamiento de siempre, y cuando doblaron uno tras otro la próxima esquina, los tres volvieron la cara: el primero con rapidez y azoramiento, el segundo con desgano, como quien satisface una curiosidad poco apremiante y la muchacha con cierta inconsciencia, como obedeciendo á un movimiento reflejo.

J. GARCIA RODRIGUEZ.



LAPIDA.

[Para EL MUNDO ILUSTRADO.]

Quando me muera yo, sobre mi fosa
No quiero en mármol inscripción que diga:
«Fué buena madre y excelente esposa,
Hija tierna, sincera y leal amiga.»
Quiero no más una modesta losa,
Una cruz de madera
Hacia el azul inmenso levantada
Cubierta de tupida enredadera,
Y esta inscripción sencilla y verdadera
Esculpida en la piedra: «¡Desgraciada!»
MARIA C. DE KATTENGELL.

FLOR DE AYER.

¿Cómo negarla, si me fué pedida
con dulce acento y ademán hurafío,
cual si temiera ocasionarme daño
la fervorosa súplica rendida?

¿Cómo negarla? Vacilé aturdida,
y ante aquel modo de pedir extraño,
pensé que bien pudiera un desengaño,
por una flor, acibarar su vida.

Y la entregué: pero mirando al piso,
con un temor tan grande y verdadero,
que ni hablar me dejó; y, de improviso,
dióla un beso mi joven caballero,
que para el álbum de sus triunfos quiso
mi flor primera y mi rubor primero.

SIEMPRE SUFRIENDO.

Se desató la tempestad, y el cielo
cubierto de una nube ennegrecida,
fué la imagen de mi alma sin consuelo,
de mi alma dolorida.
Pasó la tempestad, vino la calma;
volvió al cielo la luz y la alegría. . . .
¡ay! sólo mi pobre alma,
después de su dolor, quedó sombría!

TRISTE PASION.

Mando á mi pensamiento que te olvide,
y más de tí se acuerda;
mando á mi corazón que no te ame,
y, ardiente, se rebela.

Quiero cantar, y el pecho enamorado
exhala tristes quejas;
quiero reír, y llanto silencioso
por mis mejillas rueda.

En la noche pretendo refugiarme
contra esta lucha interna;
pero cierro los ojos, y mi espíritu
por tí velando queda.

Ni entonces un destello de esperanza
disipa mis tinieblas:
Siempre despierto sollozando triste,
mirando que te alejas.

Y si imagino que la muerte, al cabo,
piadosa me consuela,
pasas sobre las flores de mi tumba,
con cruel indiferencia.

¡Triste pasión, la que llenó mi alma,
por siempre de tristeza!
Sin tu amor, vivo triste; con tu olvido!
¡qué triste estaré muerta!

¡ALMA MIA!

Ave errante y peregrina,
tú, la de los sueños de oro
y las visiones celestes
y los anhelos hermosos,

¿Cómo te ves, alma mía,
presa en ánfora de lodo
y escondida entre las zarzas
de este valle triste y lóbrego?

Aquí no tienen tus alas
cielo, ni aurora tus ojos;
aquí todo está cubierto
por una nube de polvo.

Existen, por una flor,
una multitud de abrojos;
por una mariposilla,
mil gusanos asquerosos.

Hay más ciénegas que fuentes
y más eriales que arroyos.
Por un cordero ¿has contado
las víboras y los lobos?

Y el reptil desde su charca,
la fiera en su inmundo sótano
y el gusano desde el cieno
forman un terrible coro
de repugnantes silbidos,
de voces y gritos roncós. . . .

¿Sabes lo que dicen?—¡Muerte!
¿Sabes lo que sienten?—¡Odio!
Y tú, con tus blancos sueños,
y tus anhelos hermosos,

¿Cómo vives, cómo vives
en este valle tan lóbrego!

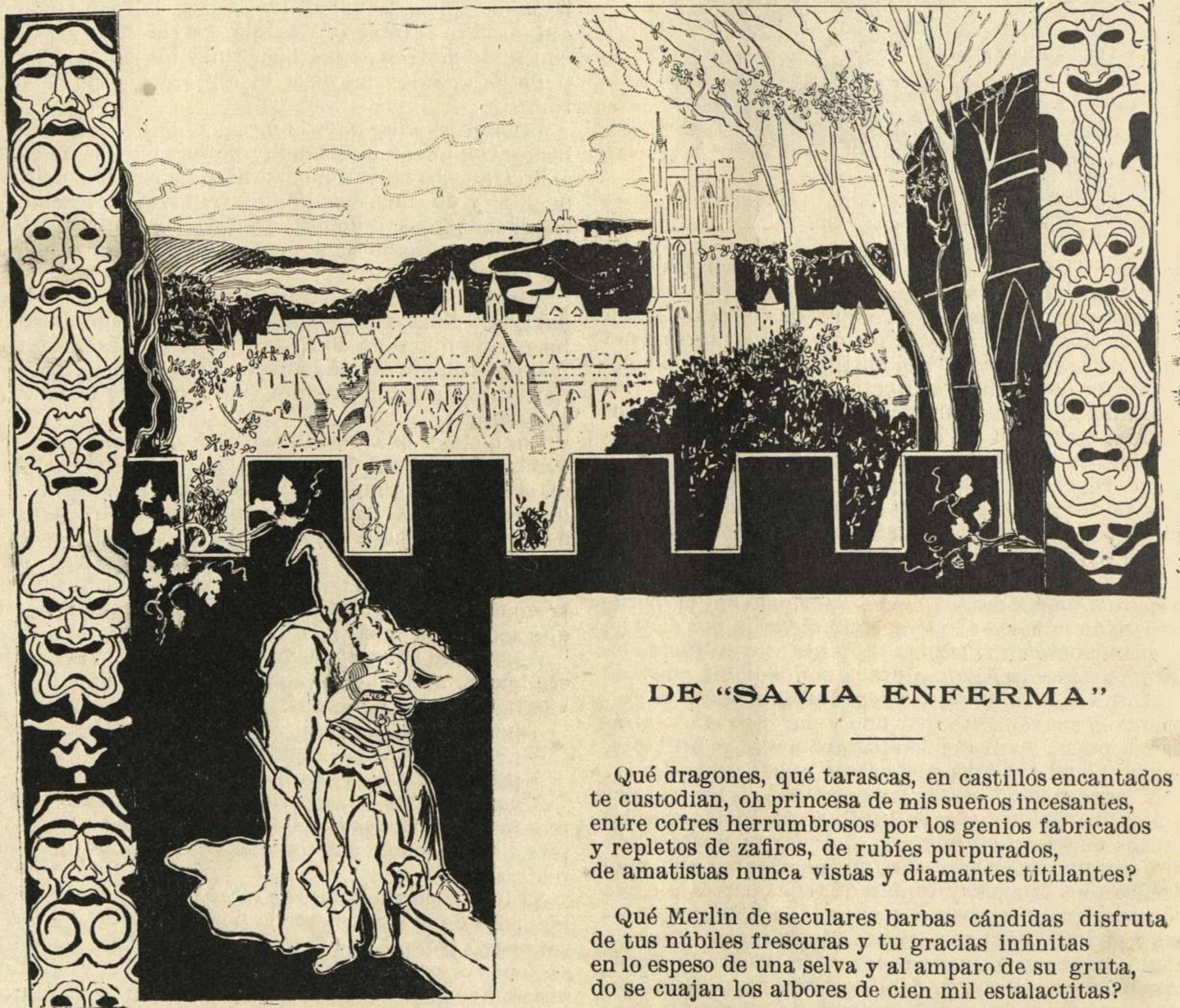
¡Cuán lejos está la patria!
¡Cuán alto el divino aroma
que ofrece entre borlas níveas
lecho blando y oloroso!

¡Cuán lejos el puro ambiente
de aquellos montes frondosos!
¡Cuán alto el sol que difunde
el bien, con sus rayos de oro!

Pero el destierro se pasa,
y entre suspiros y lloros,
de la libertad el día
llega al cabo, tarde ó pronto.

¡Ya me parece mirarte
revolar, llena de gozo,
mientras que en polvo se trueca
la triste prisión de lodo!

JOSEFA MURILLO.



DE UN POEMA.

Un beso y nada más clamó el amante,
Y otro beso después, clamó la amada;
Mientras que allá en la mar iba tremante
Una onda de luz tornasolada.

Adiós, y piensa en el que está distante;
Adiós y piensa en la que está olvidada;
Un beso nada más clamó el amante,
Y otro beso después clamó la amada.

A la pálida boca del levante
Unió su labio el alba nacarada;
Un beso nada más clamó el amante,
Y otro beso después clamó la amada.

Después el eco de una voz distante,
Después el eco de una voz ahogada:
Un beso nada más mi dulce amante,
Y otro beso después, mi dulce amada.

MIGUEL E. PEREYRA.

DE "SAVIA ENFERMA"

Qué dragones, qué tarascas, en castillos encantados
te custodian, oh princesa de mis sueños incesantes,
entre cofres herrumbrosos por los genios fabricados
y repletos de zafiros, de rubíes purpurados,
de amatistas nunca vistas y diamantes titilantes?

Qué Merlin de seculares barbas cándidas disfruta
de tus núbiles frescuras y tu gracias infinitas
en lo espeso de una selva y al amparo de su gruta,
do se cuajan los albores de cien mil estalactitas?

Qué delfín de aletas de oro por las aguas ambarinas
te condujo—nauta mónstruo—penetrando los cristales,
á los limbos penumbrosos de cavernas submarinas,
entre perlas margaritas y obeliscos de corales?

O qué silfo, audaz tenorio con belleza y con fortuna,
te llevó sobre las alas de un hipógrifo nocturno
ó en las lebras cabalgando de algun haz de blanca luna
á su alcázar verde y oro del anillo de Saturno?

Díme, dime dónde moras, iré á tí con loco empeño
quebrantando los hechizos, los conjuros y los lazos;
si eres sombra seré sombra, si eres sueño seré sueño,
si eres luz seré luz, si eres risueño
rayo de alba ó de poniente por llegar hasta tus brazos!

AMADO NERVO.

Páginas de la Moda



LAS ENFERMEDADES.

En lenguaje vulgar una enfermedad se define diciendo que es «Una alteración en el estado del cuerpo ó de alguno de sus órganos, que interrumpe ó turba el curso de las funciones vitales y que causa ó amenaza causar dolor y debilidad.»

Los redactores de «La Salud» se proponen presentar mensualmente en sus columnas artículos en que se describa brevemente alguna de las enfermedades comunes, y hacer al mismo tiempo observaciones que ayuden tanto á prevenir las enfermedades como al buen tratamiento de ellas. Vamos por tanto á presentar algunas notas preliminares sobre las enfermedades en general, que sean como un prefacio de los artículos que han de seguir.

Enfermedades de varias formas hay que están profundamente distribuidas. Unas enfermedades son muy comunes en un país y raras ó menos comunes en otro. En el mismo país y aún en la misma localidad ciertas razas contraen más fácilmente que otras una enfermedad particular. Ciertas estaciones del año favorecen la extensión de una enfermedad, y finalmente las particularidades de las individuales ó idiosinerasis son factores que deben considerarse entre las causas de las enfermedades.

Cuando una enfermedad aparece en una localidad, pero de modo que se dan pocos casos de ella, la llamamos esporádica; y si la enfermedad llega á establecerse en una comunidad y se manifiesta continuamente, se dice que es endémica.

Igualmente si la enfermedad se extiende profusamente afectando una parte considerable de la población, decimos que es epidémica.

La manera con que una enfermedad se extiende, es variada; y para entenderlo mejor presentaremos una clasificación algo general de las enfermedades.

Las enfermedades pueden ser infecciosas, contagiosas, miasmáticas, parasíticas y neuróticas. No presentamos pormenorizadamente la sutil distinción que hacen de ordinario los hombres de la profesión al definir y clasificar las enfermedades, sino solamente aquellos hechos que puedan ser de interés para nuestros lectores en general.

Las enfermedades infecciosas, contagiosas y miasmáticas están íntimamente relacionadas. Una enfermedad es infecciosa cuando es el resultado de la elaboración de venenos ó micro-organismos que de exterior se introducen al cuerpo y se multiplican indefinidamente. Cuando la infección pasa de una persona á otra, directamente, la enfermedad se llama contagiosa; pero si la infección se debe á una localidad determinada, entonces se llama miasmática. Enfermedades autógenas son aquellas que son producidas por los cambios que se verifican en el cuerpo á consecuencia del metabolismo de las células. Las enfermedades parasíticas y neuróticas apenas necesitan ser definidas aquí.

Ciertos signos y síntomas acompañan á las enfermedades y algunos son característicos. Los síntomas que se presentan al observador se llaman objetivos á diferencia de los subjetivos, que son los que no pueden conocerse sino por el informe del paciente.

La inmunidad, ó sea el estar libre de infección, en algunos casos es natural y en otros puede ser adquirida. Las personas que fácilmente son afectadas, se dice que están predispuestas á la enfermedad. Las enfermedades locales, generales y constitucionales deben ser cuidadosamente consideradas. El reconocimiento de una enfermedad por sus síntomas se llama diagnóstico, y la predicción de su marcha ó terminación se llama pronóstico.

Las enfermedades agudas duran poco; las crónicas se continúan por largo tiempo. Unas y otras pueden terminarse por resolución, esto es, por la desaparición gradual de los síntomas y el restablecimiento progresivo de la salud, ó por crisis cuando la enfermedad se termina por un cambio repentino. Convalecencia es el período de restablecimiento después que la enfermedad ha sido, y durante este período debe tenerse mucho cuidado con el enfermo para evitar una recaída.

FIG. 1.—TRAJES DE VERANO PARA NIÑOS.

TRAJES SALUDABLES.

El vestido debe arreglarse de tal manera que preserve igualmente todas las partes del cuerpo y que á la vez regularice la circulación. Las partes que están más alejadas del centro motor son las que requieren más cuidados; pero por regla general sucede lo contrario entre las mujeres. Adornan el busto con vestidos gruesos y capas de pieles, etc., etc.; mientras que las extremidades inferiores permanecen casi á la intemperie. Por tal motivo, la sangre afluye de las extremidades á los órganos interiores produciendo en dichos órganos congestiones.

RECETAS UTILES.

CALDO MAGRO.

Prepárase este caldo cociendo en agua, hasta que esté casi reducido á puré, guisantes secos y judías blancas, en partes iguales, con sal, perejil y apio, una zanahoria y una cebolla picada con clavos de especias. Este caldo pasado por un colador puede emplearse inmediatamente como una excelente sopa magra, añadiéndole un buen pedazo de manteca fresca; pero no es este su solo destino; sirve igualmente para mojar la salsa de los platos preparados á lo magro, lo que, en una cocina de cierta importancia consume una gran cantidad. El que se reserva á este efecto puede conservarse bueno durante algunos días, con tal que se tenga cuidado de calentarlo, cuando esté frío, para separarlo del depósito que se forma en el fondo del envase y que lo pondría agrio muy pronto.

CALDO DE PESCADO.

Este caldo, igualmente útil en la cocina magra, ya sea como sopa, ya para mojar las salsas de mar, con tal que éste sea muy fresco. La pescadilla y la truchuela figuran entre los mejores para este uso. Se les cuece á razón de unos 500 gramos por litro de agua, con sal, una zanahoria, un tronco de apio, cerafollo, perejil, una cebolla picada con 3 ó 4 clavos de especias, media hoja de laurel y un pedacito de manteca fresca. Cuando el pescado esté bien cocido, se pasa el caldo y se deja escurrir bien el pescado, pero sin comprimirlo. Todas las salsas blancas de pescado tienen por base este caldo, que puede conservarse en sitio fresco durante algunos días.

En las cocinas considerables como en las de fondas ó conventos, quedan siempre bastantes cabezas, espinas y otros desperdicios de pescado muy fresco, para que pueda hacerse con ellos el caldo de pescado dejándolos cocer una hora dentro de agua ligeramente salada, con las legumbres y el condimento indicados; es un método muy económico.

SOPA RASAGA DE CEBOLLAS.

Esta sopa de cebollas con caldo de carne se hace habitualmente el día en que hay puchero. Pasad por la cazuela, con la grasa procedente de la parte superior del puchero, pequeñas cebollas, cuyo volumen no debe exceder del de una nuez. Cuando las cebollas hayan tomado color, añadidles caldo, con un puñado de cerafollo y un tronco de apio picados juntos; cocedlos durante una hora á un fuego muy lento; en el momento de servir la sopa, desengrasadla con cuidado; echad primeramente el caldo en el pan de lasopera, y poned luego las cebollas por encima.

Las sopas de caldo con zanahorias, pastinacas nuevas, lechugas y otras legumbres frescas, se preparan todas de la misma manera, empezando por pasar las legumbres por la cazuela con la grasa quitada de la parte superior del puchero, y escaldándolas con suficiente cantidad de caldo. Todas estas sopas no son realmente buenas, sino cuando antes de escaldarlas, se tiene cuidado de desengrasar perfectamente el caldo.

ARROZ CON LECHE.

Después de haber hecho hervir el arroz en agua con un poco de sal, se le escurre á fin de que no contenga agua; se termina el cocimiento con la leche, en el cual se sumergen las cortezas de un limón, y cuando el arroz está cocido, y momentos antes de servirlo, se añade una cucharada de agua de azahar.

SOPA A LA FLAMENCA.

Se cuecen en agua con sal y manteca, cortezas de pan secas, nabos y patatas mondados, y cortados en pedazos, en igual cantidad. Cuando está muy cocido, se muele y se pasa por un colador fino; se pone al fuego, se aclara si es necesario y se añade un puñado de cerafollo bien picado y un segundo pedazo de manteca. El caldo magro ya descrito, empleado en vez de agua para la sopa á la flamenca, da á esta sopa mejor gusto.



FIG. 2.—TRES ELEGANTES MODELOS DE VERANO.

LENGUA DE BUEY AL ASTA.

No se puede asar al asta una lengua de buey antes de haberla hecho cocer medianamente como para la fórmula anterior. Retírase entonces de la marmita; es despojada de su piel y finalmente mechada con tocino, y puesta el asta para completar su cocción. Se sirve entera, rociada con salsa picante.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE VERANO PARA NIÑOS.

Es un elegante y harmónico grupo de figurines para niños el que presentamos á nuestros lectores. Está formado por varias toilettes para hombrecitos y mujercitas de edades comprendidas entre 8 y 12 años. La mayor parte de los géneros que entran en la confección son para las mujercitas, cuadrillés de algodón, bengalinas á rayas, y sargas de seda claras; para los hombrecitos, cheviottes de verano, sargas delgadas y driles finos. Los estilos para hombrecitos son marineros.

FIG. 2.—TRES ELEGANTES MODELOS DE VERANO.

El primero de sarga de seda, con jacquette redonda estilo sastre, bordado de guías de seda y abierto sobre una camisola plissé.

El segundo de foulard figurado, cuerpo blusa plissé á los lados.

El tercero de piqué asargado con jacquette bolero, abierto sobre una camisola plissé también y armado de cintas de lana en curvas elegantes.

OTRO PAGO DE \$2,000 DE "LA MUTUA"

EN MARIN, NUEVO LEON.

Timbres por valor de \$2.00 cs. debidamente cancelados.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de (\$2,000.00) dos mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 431,805 bajo la cual y á nuestro favor estuvo asegurado el finado Sr. Don Martín González, y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiarios, y la primera además como tutora de sus hijos menores también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Marín, Nuevo León, á 25 de Marzo de 1899.

Firmados.—TEOFILA MARTINEZ, VDA. DE GONZALEZ.—ERNESTO GONZALEZ.—CONCEPCION GONZALEZ.—Rúbricas.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

En la villa de Marín, Estado de Nuevo León, á 25 de Marzo de 1899.

Certifico por la presente que las firmas que anteceden son las de la Sra. Teófila Martínez, vda. de González, del Sr. Ernesto González y de la Srta. Concepción González, y que han recibido en mi presencia de «La Mutua» de Nueva York la cantidad de \$2,000.00 cs.—Doy fé.

Firmado.—FELIPE MONTEMAYOR.—Rúbrica.
LAUREANO DE LA GARZA.—Secretario Interin—Rúbrica.